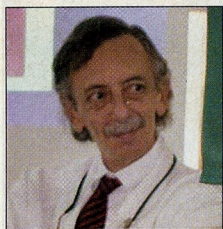


Del corazón y sus heridas

Desde hace más de 50 años, Colombia es país pionero en operar heridas cardíacas. Eso dice mucho de nuestra medicina, pero más de nuestra situación de violencia.

Por Francisco Gómez Perineau*



La más grave de las múltiples heridas sufridas por un joven soldado cuando explotó una mina antipersonal fue la de su corazón: un fragmento metálico de gran tamaño atravesó completamente la

pared del músculo cardíaco y quedó incrustado en su ventrículo derecho. Aunque la mayoría de las heridas del corazón son intervenidas en los servicios de urgencias de los hospitales de segundo y tercer nivel en todo el país, su caso no se podía operar en cualquier quirófano, por experimentado que fuera el cirujano.

Se trataba de lo que se conoce como “herida cardíaca compleja”, una forma muy rara de lesiones traumáticas del corazón, ya que casi todas son mortales. Para retirar el fragmento y reparar los destrozos, el soldado debió ser operado en la Unidad Cardiovascular y del Tórax del Hospital Universitario San Vicente de Paúl de Medellín, un centro de alto nivel dedicado al tratamiento de enfermedades del corazón. Para nosotros, sin embargo, se trató de una intervención de rutina.

¿Por qué un acto rutinario, realizado por personas ajenas a cualquier afán de protagonismo, trasciende los muros del quirófano y se convierte en noticia? Porque lo llamativo no estaba en la intervención misma, sino en su contexto. De hecho, no era el primer soldado atendido por heridas cardíacas complejas en la institución. En el lapso de cuatro años, 14 de ellos han sido atendidos por nosotros con lesiones de esta naturaleza, otros seis están en observación periódica y tal vez deban ser intervenidos quirúrgicamente en nuestra unidad o en otra similar. Estas son cifras insólitas para cualquier hospital del mundo civilizado. Este es el hecho tan llamativo como preocupante. Es-

te es, también, uno más de los tantos rostros de la violencia que padecemos y de la dimensión del daño que ella nos hace. Por eso convocamos a los medios.

Tristemente célebres

Desde hace más de cinco décadas, en Colombia se operan más heridas del corazón que en cualquier otra parte del mundo. Basta comparar las publicaciones científicas nacionales e internacionales para comprobarlo. Esas mismas publicaciones dan cuenta de la oportunidad y de la destreza con las que los cirujanos de urgencias intervienen a estos pacientes. Los resultados son muy buenos: la mayoría de los lesionados abandona el hospital pocos días después, sin mayores secuelas. Algo similar ocurre con las heridas cardíacas complejas. Probablemente, de persistir esta tendencia, en poco tiempo estaremos encabezando las estadísticas médicas mundiales sobre el particular.

Todo esto habla, sin duda, muy bien de los cirujanos colombianos y de sus hospitales. Pero también habla muy mal de nosotros como Nación. Da tristeza ser célebres por la capacidad que tenemos de herirnos y de matarnos entre hermanos. Con honrosas excepciones, nuestros trabajos científicos y publicaciones sobre trauma logran acogida y respeto entre nuestros colegas del mundo y en las revistas científicas de prestigio internacional, no porque estemos presentando una contribución valiosa a la creación de conocimiento, sino por el impacto que causa el número de casos que presentamos.

La calidad con la que hacemos nuestro oficio pasa muchas veces inadvertida, encubierta por el manto dudoso de una cantidad exótica para los demás. A lo largo de los años he conocido médicos de todo el mundo que han venido a pasar temporadas en nuestro hospital, atraídos más por la interminable aparición de heridos por lesiones personales en el servicio

Hay que darle prioridad a la solución de la violencia, para no tener que acudir al cirujano.

"Orgullo de cirujanos, terrible dolor de colombianos".

de urgencias, que por la experiencia, la originalidad, la pertinencia, la eficacia o la consistencia de las propuestas terapéuticas que asumimos con estos pacientes. Esta es la paradoja que enfrentamos: orgullo de cirujanos, pero terrible dolor de colombianos.

Desactivar la mina

Como cirujanos podemos pasarnos la vida entera reparando los daños causados por la violencia. No tenemos otra alternativa y, además, es algo que nos gusta. Pero como colombianos no podemos hacer lo mismo. El corazón de Colombia está herido y su herida es de alta complejidad. Una y otra vez enfrentamos la misma y dolorosa situación: damos más prioridad a la reparación del daño y cada vez nos alejamos más del tratamiento de sus causas.

Colombia entera es una mina antipersonal que es preciso desactivar e impedir que hiera, cada vez con mayor profundidad, el corazón de nuestra patria. Sin duda, los problemas por resolver son muy complejos. Son muchos años de una justicia social postergada. Son muchos los años en que la clase dirigente ha esta-

do de espaldas a los problemas sociales y económicos, indiferente ante la desigualdad abominable en el reparto de la riqueza. Los partidos políticos olvidaron su misión de interpretar y canalizar las demandas populares. Proclives como somos a la codicia, amplios sectores de la sociedad cayeron en el embrujo terrible del enriquecimiento rápido y no pocos fueron o demasiado tolerantes o francamente cómplices con el fenómeno devastador del narcotráfico.

Narcisistas, irresponsables, corruptos y codiciosos se han hecho con el poder político y han manejado este país durante demasiado tiempo. El resultado sigue siendo la pobreza, la injusticia, la falta de oportunidades, la enfermedad, la ignorancia, la incultura, la violencia. Es esta la mina activada, siempre dispuesta a explotar en los campos y en las calles del país. Hacer algo por Colombia es, entonces, darle también prioridad y recursos a la solución de los problemas que genera la violencia. Para no tener que acudir a los tratamientos del cirujano. Porque cuestan y duelen mucho y porque, a veces, a pesar de sus esfuerzos y destrezas, sus pacientes dejan de existir. ■